

Los reyes contemporizaron con los hombres poderosos, porque tenían necesidad de su apoyo; confirmaron sus usurpaciones y les hicieron nuevos donativos. La monarquía no cedió, sin luchar, su puesto a la aristocracia. *Mostesquieu* ha revelado el secreto de las horribles escenas que ensangrentaron la época de Brunequilda. La terrible reina no retrocedió ante ningún medio para abatir el poder de los grandes; el período de su regencia fué una continuada carnicería; en las crónicas de su tiempo se lee á cada página: Tal duque ha sido muerto por instigación de Brunequilla (1). Los grandes se vengaron como sabe vengarse una aristocracia semi-salvaje: "Brunequilla, reina, hija, hermana y madre de tantos reyes, pereció en medio de largos, vergonzosos y crueles suplicios., Después de tres días de tormento, "se la paseó por delante de un ejército, sentada sobre un camello; en seguida se la ató por los cabellos, por un pie y por un brazo á la cola de un caballo cerril...., Fué aquella una guerra á muerte entre la reina y los grandes: "Los grandes se creyeron perdidos, pero se adelantaron y la perdieron,, (2).

Es difícil apreciar los personajes de aquellos tiempos, porque los cronistas han escrito bajo la inspiración del partido vencedor. Brunequilla no era culpable de los diez regicidios de que la acusaban sus asesinos. Con las mismas calumnias se persiguió después al mayordomo de palacio, Ebroïn, que luchó igualmente, y con una energía salvaje, contra la aristocracia: "Oriundo de las últimas clases de la sociedad, dice un contemporáneo, Ebroïn se había impuesto la misión de matar, de dispersar ó de aprisionar á todos los Francos de ilustre sangre, y los reemplazaba con gentes de las clases inferiores que no osaban resistir á sus órdenes implacables,, (3). Ebroïn sucumbió como había sucumbido Brunequilla; ambos luchaban contra un movimiento irresistible. La monarquía supone un Estado, y el Estado no era más que una imitación de Roma, sin raíz alguna en los ánimos. Al finalizar la primera dinastía, la monarquía no es ya más

(1) FREDEGAR, c. 18: *«Hatrio dux instigante Brunichilde interfecit.»* C. 20: *«Cantinus dux interfecit.»*—C. 21: *«Egila patrius, nullis culpis exstantibus, instigante Brunichilde interfecit.»* Cf. c. 27, 28, 29, 32.—LEHUERON, *Instituciones meroving.*, página 471.—WAITZ, *Obr. cit.*, t. II, p. 612, nota 2.

(2) MONTESQ., *Espíritu de las leyes*, XXXI, 1.—FREDEGAR., capítulo 42.

(3) *Vita S. Ragueberti*, en DOM BOUQUET, t. II, p. 619.

que una sombra; el mayordomo de palacio es el señor efectivo; pero tampoco es más que el jefe de una poderosa aristocracia. Los Carlovingios llegan al trono con el apoyo de los grandes, y se amparan con sus consejos en todas las circunstancias (1). Pero cuando la mano poderosa de Carlo-Magno no pesa ya sobre ellos, los consejeros se hacen los amos. Aún en tiempo del mismo Carlo-Magno, los condes, los hombres poderosos por sus funciones ó sus propiedades, son los que reinan más bien que el emperador; ellos son los que únicamente poseen los elementos de influencia que existen en una sociedad en disolución, el poder local. Las guerras civiles que desgarraron el imperio después de la muerte de Carlo-Magno favorecieron la usurpación de los señores. La monarquía se desvaneció; sólo la aristocracia quedó en pie: estamos ya en pleno feudalismo.

SECCION IV.

DISOLUCION DEL IMPERIO CARLOVINGIO. APRECIACION DE LA UNIDAD CARLOVINGIA.

§ I.—Disolucion.—Sus causas.

El imperio supone la unidad, la indivisibilidad del territorio. Pero los Germanos consideraban los reinos como tierras que se reparten entre herederos, y el mismo Carlo-Magno no se elevó por cima de las estrechas ideas de su raza. Ese concepto y esos hábitos debían producir la disolución del imperio. Apenas había tres años que ocupaba el trono Luis el Bondadoso, cuando dividió el reino entre sus tres hijos. La partición del año 817 (2) es un acto notable, es un ensayo de conciliación entre el principio de la unidad romana y el principio de la herencia germánica. En el preámbulo declara el emperador que sus fieles, reunidos para deliberar sobre los intereses generales del imperio, le han suplicado que disponga, según la costumbre de sus antepasados, acerca de la sucesión del reino: "Sin embargo, ni á nosotros ni á los que nos auxiliaban con su prudencia, no nos ha parecido conveniente el romper la unidad de este imperio por in-

(1) LEHUERON, *Instituciones meroving.*, t. II, p. 270, 291 y siguientes.

(2) BALUZE, *Capitul.*, t. I, p. 574.—PERTZ, *Leg.*, I, 198.

tereses humanos y por amor á nuestros hijos., Después de haber implorado la asistencia divina por medio de ayunos y oraciones, el emperador, con el asentimiento del pueblo, declara que da la corona imperial al primogénito de sus hijos y el título de reyes á sus hermanos; éstos gobernarán los países que les están designados bajo la soberanía del emperador, y no podrán hacer guerra, ni tratados de paz, ni podrán casarse, sino con anuencia de aquél. Se descubre en el acta de partición el deseo de que el fraccionamiento del imperio no llegue hasta lo infinito por efecto de la herencia; si uno de los reyes deja muchos hijos, no se dividirá entre ellos el reino: "El pueblo reunido elegirá á aquel á quien Dios quisiera elegir,, y si muere sin hijos legítimos, sus Estados tornarán al emperador. Á fin de mantener la buena armonía entre los príncipes, Luis el Bondadoso quiere que los reyes, una vez al año por lo ménos, visiten á su hermano mayor, haciéndole presentes, "á fin de que se vean y traten, en buena unión y con el amor que se debe entre hermanos, de todo lo que interese al bien público y al mantenimiento de la paz.

Luis el Bondadoso quería mantener la unidad del imperio franco dividiendo el imperio entre sus hijos. Gracias á que la ley fundamental de 817 no fué más que letra muerta; la subordinación que establecía entre los hermanos repugnaba grandemente á las ideas germánicas sobre el derecho igual de los herederos; y lejos de mantenerse unidos los hermanos, se desgarraron en medio de horribles guerras que dieron ocasión al tratado de Verdun. El imperio entonces fué fraccionado en tres reinos independientes; hubo todavía un emperador, pero que no tenía superioridad alguna sobre los reyes; la unidad dejó de existir, si bien continuó haciéndose sentir su recuerdo después de la repartición del imperio. La grandeza de Carlo-Magno dejó hondos recuerdos y se echó de ménos por algún tiempo; cada uno de los príncipes carlovingios tuvo la ambición de reconstituir el magnífico imperio en provecho de cada cual; por otra parte, los vínculos de la sangre que les unían eran causa de que sus Estados se considerasen también unidos por el parentesco. En un manifiesto al pueblo declaraban los reyes francos "que no había más que una cristiandad, un pueblo y un rey,, (1). La nece-

sidad de fortalecerse por la concordia era otro motivo para mantener una especie de unidad entre los miembros de la familia carlovingia. De ahí el que, en medio de sus discordias, los príncipes, hermanos, tíos y sobrinos, celebrasen numerosas conferencias; en ellas trataban de los intereses comunes á sus diversos reinos; daban leyes generales para todo el imperio, y se prometían recíproco apoyo, como convenía á parientes y reyes cristianos (1). Pero ya no se hizo cuestión en esas conferencias de la soberanía del emperador; éste y los reyes figuran en ellas bajo la base de una perfecta igualdad (2). La amistad que se juraban era un débil lazo para los sucesores de Carlo-Magno; sus tratados no eran más que treguas; los contemporáneos hablan con indignación del odio, del egoísmo y de la estrecha ambición que dividían á los hermanos (3). En 850, dice un cronista, se vieron cazando juntos al emperador Lotario y al rey Luis; esa intimidad entre los dos hermanos causó grandísima admiración. Todavía la herencia volvió á reunir los reinos carlovingios en la cabeza de Carlos el Gordo; pero la incapacidad de este príncipe para desempeñar su inmensa tarea, fué como una ironía de la suerte: se hubiera dicho que la Providencia quería señalar lo vanas que son las tentativas de una monarquía universal. Los pueblos pusieron término á aquella parodia de imperio. Carlos el Gordo fué depuesto, y la disolución fué definitiva.

Este fué uno de los grandes acontecimientos de la historia; el fin del imperio de Carlo-Magno cierra la época bárbara y abre la del feudalismo. Conviene investigar las causas de aquella revolución. Todas las monarquías universales llevan en sí el germen de su muerte, por lo mismo que matan la individualidad de las naciones. Dios ha señalado los límites de los pueblos por medio del idioma, de las costumbres, los climas, las montañas y los ríos; el edificio político que desconoce esa ley providencial se apoya en arena del desierto y es arrebatado por la primera tempestad que se levanta. Esas creaciones arbitrarias pueden, sin embargo, durar más ó ménos tiempo: la dominación de Roma

(1) Las principales conferencias fueron las de 817, 851, 857, 860, 862, 865 y 879 (BALUZE, II, 41, 45, 98, 139, 163, 278.—PERTZ, *Leg.*, I, 499).

(2) En el convenio de 851 se tratan de iguales (*paris*).

(3) *Vita Wilelmi* (PERTZ, II, 565).—*Annal. Xantens.*, a. 850 (16 página 229).

(1) En 855. PERTZ, *Leg.*, I, 501.

ha tenido una existencia secular; la unidad romana tenía una fuerza tal, que llegó á sostener, por espacio de diez siglos, un cuerpo sin vida propia, el imperio de Bizancio, mientras que el carlovingio se desmoronó casi á la muerte de Carlo-Magno. ¿De qué provino su rápida decadencia?

Se ha creído encontrar la causa, por unos, en la incapacidad de los sucesores de Carlo-Magno; por otros, en las invasiones de los Normandos, de los Sarracenos y de los Húngaros, como si se quisiera demostrar que pequeñas causas producen grandes efectos. Nosotros no lo creemos así. ¿Eran los Césares griegos más capaces que los descendientes de Carlo-Magno?... Sin embargo, su imperio duró muchos siglos en medio de las invasiones de los Bárbaros del Oriente y del Norte. Las piraterías de los Normandos no han producido la disolución del imperio; más bien constituyen un signo de la debilidad de este imperio, debilidad tal, dice Herder, que se ve uno tentado á tener por un sueño la unidad carlovingia (1).

Otro ilustre historiador ha creído hallar el principio del desmembramiento en la diversidad de las razas: "Carlo-Magno, dice Agustin Thierry, había reunido en una unidad aparente naciones diversas por el origen, por las costumbres y el idioma; pero el aislamiento natural continuó, y para evitar que el imperio se disolviese desde su creación, fué preciso que estuviera poniéndole la mano sin cesar el gran emperador. Mientras que él vivió, los pueblos del Occidente permanecieron agregados bajo su vasta dominación; pero comenzaron á romper aquella unión artificial apenas el César franco descendió, con su manto imperial, al panteón de Aix-la-Chapelle. La contienda de los reyes no era más que un reflejo de la contienda de los pueblos" (2). Hay un aspecto verdadero en la idea de Thierry, por más que la haya formulado con un rigor demasiado sistemático. Se percibe en las luchas que desgarraron los reinos carlovingios un movimiento instintivo del espíritu nacional. La Alemania en masa tomó el partido de Luis el Bondadoso: "El emperador, dice su biógrafo, recelaba de los Francos, tenía

más confianza en los Germanos" (1). La oposición de las nacionalidades era visible. Por la primera vez se ve que los conquistadores de las Galias, confundidos con los vencidos, se dan un nombre distinto del de los pueblos de la Germania: las dos razas se encuentran en los campos de batalla como enemigas, y van á separarse por siempre para llenar cada una su misión. Verdad es que las particiones no consagraron el principio de las nacionalidades. Intereses personales, pasiones y accidentes complicaron el hecho de la disolución del imperio; esos intereses eran los que se ponían en evidencia, y dominaban sobre el trabajo secreto de los pueblos; mas, sin embargo, la diferencia de razas influyó en las particiones; los mismos historiadores contemporáneos lo declaran (2).

Pero el movimiento nacional no era aún más que instintivo; por sí solo no hubiera tenido fuerza bastante para fraccionar el imperio. Las nacionalidades no se manifiestan con poder eficaz hasta fines de la Edad Media; el trabajo de su formación no está aún terminado en el siglo XIX; en el IX no existía más que en germen; imposible que ellas pudiesen ejercer la unidad carlovingia; más bien se puede decir que esa disolución era una condición necesaria para que las naciones pudiesen surgir y agrandarse; si la monarquía de Carlo-Magno se hubiera conservado, hubiera ahogado aquellos gérmenes en su cuna. El desmembramiento fué un primer paso dado para la formación de los distintos pueblos.

Por eso las particiones sucesivas no llegaron á producir las grandes naciones que constituyen hoy la Europa, y la disolución se continuó en el interior de la Francia, de la Alemania y de la Italia. Es el feudalismo, es decir, la extrema división, lo que salió de la unidad carlovingia. Aquel fraccionamiento de la Europa reconocía otro origen más que el de las razas. Cuando un gran imperio se disuelve para dar lugar á pequeñas asociaciones, preciso es que haya causas que impidan la subsistencia de un grande Estado. Ya hemos dicho cuáles eran esas causas. La unidad era prestada, era

(1) HERDER, *Filosofía de la Historia*, p. 447.

(2) THIERRY, *Historia de la conquista de Inglaterra*, libro II. *Cartas sobre la histor. de Franc.*, XI.—La misma idea se encuentra en HERDER, *Filosofía de la Historia*, p. 445.—LEO, *Historia Universal*, tomo II, p. 106.—SISMONDI, *Histor. de la decadencia del imperio romano*, t. II, p. 123.

(1) ASTRONOM., *Vita Ludovici* (PERTZ, II, 633): «Diffidens Franci, magisque credens Germanis.—Omnis Germania eo confutur, Imperatori auxilio futura.»

(2) NITHARD., *Hist.*, IV, I (PERTZ, II, 633): «In qua divisione non tantum fertilitas aut aqua portio regni, quantum affinitas et congruentia cuiusque aptata est.»

un despojo de Roma que los conquistadores querían restablecer en provecho suyo, siendo impotentes para sostenerlo. Bajo la apariencia de la unidad se formaron sociedades locales, fundadas en la posesión del suelo y en las relaciones de dependencia personal; aquellos círculos limitados estaban más en armonía con el espíritu de los Germanos que los grandes Estados. Hé aquí por qué el imperio hizo lugar al feudalismo (1).

§ II.—Apreciación de la unidad carlovingia.

Florus, diácono de la iglesia de Lyon, durante los reinados de Luis el Bondadoso y Cárlos el Calvo, deplora la disolución del imperio en una elegía en versos latinos. "Un hermoso imperio florecía bajo una brillante diadema; no había más que un príncipe y un pueblo: el amor de una parte, de otra el temor, mantenían por todas el concierto y la armonía; de este modo la nación franca resplandecía á los ojos del mundo entero. ¡Dichoso si hubiese conocido su felicidad el imperio que tenía por ciudadela á Roma y por fundador al Portero del Paraíso! Decaída ahora esa gran potencia, ha perdido á la vez su brillo y el nombre del imperio. El reino, hace poco tan bien unido, se ve fraccionado en tres lotes, sin que haya quien pueda ser considerado emperador; en lugar de rey, se ve un reyecillo; en lugar de reino, un pedazo de reino. El bien general está anulado; cada uno se ocupa de sus intereses, y excepto en Dios, en todo se piensa. Ya no hay asamblea del pueblo, ya no hay leyes. ¿Qué va á ser de los pueblos vecinos del Danubio, del Rhin, del Ródano, del Loira y del Pó? Antiguamente unidos todos por los lazos de la concordia, ahora, que se ha roto la alianza, se verán afligidos con tristes discordias. ¿Qué fin pondrá la cólera de Dios á todos estos males? Apenas hay alguno que piense en ello, que medite en lo que pasa y se aflija por ello; más bien se regocija todo el mundo por el desgarramiento del imperio, y se llama paz á un orden de cosas que no ofrece ninguno de los frutos de la paz" (2).

(1) GUIZOT, *Histor. de la civilización*, lec. XXIV. *Ensayos*, página 81.

(2) FLORUS, *Querrela de división imperii* (en BOUQUET, VII, 332. Traducción de THIERRY).—Véanse los sentidos ayes que exhala el biógrafo de Wala (PASCHAS, RABBERT, *Vita Wala*, II, 7, y en PERTZ, II, 551): «Oh día por siempre memorable, que ha cubierto al mundo de tinieblas, eternas quizás, y de peligros infinitos!

Los cronistas de la Edad Media ven en la disolución del imperio la mano vengadora de Dios: "Cuatro reyes reinaron entónces en el reino de Carlo-Magno; y, como dice el profeta, la causa de que haya muchos reyes consiste en los pecados de la tierra" (1). Los historiadores modernos lamentan igualmente las particiones que fraccionaron la unidad carlovingia: "¡Cuántos raudales de sangre, exclama Leibnitz, se hubieran evitado al pueblo cristiano, si el imperio de la tierra hubiese sido confiado á uno solo, si los reyes actuales y futuros hubiesen sido los vasallos del emperador y hubiesen estado sometidos á las asambleas nacionales de los Francos!", "La barbarie de la Edad Media, dice el docto Guérard, fué la consecuencia fatal del fraccionamiento de la monarquía carlovingia: si los sucesores de Carlo-Magno hubiesen marchado por la senda que éste les abrió, la humanidad no hubiera tenido precisión de pasar por la anarquía feudal para llegar al renacimiento" (2).

La filosofía de la historia no puede participar de esos sentimientos; allí donde hay disolución y muerte aparente descubre un germen de vida y de progreso. Si hombres de gran talento han deplorado la ruina de la unidad carlovingia, es porque se habían formado un falso ideal de la unidad romana, restablecida por Carlo-Magno. Á pesar de toda su magnificencia, la unidad romana terminó en una irremediable decrepitud. La unidad carlovingia, pálida copia de la de Roma, tuvo la misma suerte. ¿Qué era realmente el imperio de Carlo-Magno en sus relaciones exteriores y en su organización social?

El Monje de San Gall refiere que, hallándose Carlo-Magno en una ciudad de la Galia, unos barcos escandinavos se acercaron á piratear hasta el puerto: los unos creían que eran comerciantes judíos ó africanos; otros decían que eran bretones: "No son comerciantes, dijo el emperador, sino crueles enemigos." Los Normandos se alejaron

¡Que ha roto en pedazos y dividido en fragmentos un imperio apacible y compacto! ¡Que ha violado los derechos más santos entre hermanos, roto los vínculos de la sangre, sembrado por doquiera la discordia y la hostilidad entre conciudadanos!... De ahí las guerras civiles y más que civiles que diariamente van á surgir... De ahí las incursiones de los pueblos paganos y enemigos nuestros, la degollación del infeliz pueblo, el incendio de las villas y condados... (Traduc. de LEHUERON, *Instituciones meroving.*, p. 597).

(1) *Annal. Xantens.*, ad a. 869 (PERTZ, II, 223).

(2) LEIBNITZ, *Annal.*, t. I, p. 482.—GUÉRARD, *Político*, tomo I, página 204.